

LA EDAD DEL HIERRO EN CANTABRIA. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Ramón Bobigas Roldán

Partiendo de la coincidencia que se suele detectar entre los límites administrativos de la Hispania romana y las fronteras de las diversas etnias indígenas, el territorio de los cántabros comprendería el delimitado a partir de las fuentes clásicas. Este trabajo, realizado por diversos autores (FLÓREZ, E., 1768 y 1805; ASSAS, M., 1867; FERNÁNDEZ GUERRA, A., 1878; SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., 1929; MENÉNDEZ PIDAL, R., 1956 y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., 1966 y 1979), ha fijado los límites de la Cantabria histórica en las cuencas del río Sella y en la divisoria de los ríos Esla y Porma por el oeste; el contacto entre la Cordillera Cantábrica y la Cuenca del Duero por el sur; las parameras de Sedano y las llanadas de la zona de Villarcayo por el SE y los valles del Asón, según unos, y del Agüera, según otros, por el este. Este espacio geográfico no coincide con ninguno de los límites administrativos actuales, ya que dentro de él quedan incluidas, además de la Comunidad Autónoma de Cantabria, porciones de los territorios asturiano, leonés, palentino y burgalés. Pese a ello tiene una indudable unidad, derivada del hecho de que coincide con el sector central de los Montes Cantábricos, únicamente rota en las reducidas áreas del flanco meridional donde la Cantabria podría incluir porciones de las parameras burgalesas o de los páramos de raña de León.

La investigación sobre la Edad del Hierro en este territorio presenta una diversidad notable, tanto en los que se refiere a los yacimientos objeto de estudio, como en lo relativo a los aspectos metodológicos.

Así, en la zona costera oriental se han descubierto túmulos, algunos con restos de cistas y cámaras dolménicas, a las que se ha atribuido una vaga cronología en las Edades del Bronce y del Hierro (GORROCHATEGUI, F.J. y YARRITU, M.J., 1980, pp. 449-495).

La atribución se ha formulado teniendo probablemente de guía estudios sobre el País Vasco francés, donde se han datado en el primer milenio a.C. construcciones funerarias de tradición megalítica, asociadas a enterramientos de incineración (BLOT, J., 1975, pp. 139-150; 1976, pp. 287-303; 1978, pp. 173-180 y 181-188 y 1981, pp. 191-193).

Junto a trabajos como el reseñado, el grueso de los conocimientos sobre la Edad del Hierro se refieren a los poblados de altura o «castros». Los estudios sobre el tema se han basado preferentemente en la prospección, que además ha presentado niveles de intensidad muy desiguales de unas zonas a otras, ya que en la vertiente meridional de la Cordillera, que podemos denominar la Cantabria Cismontana, encontramos una densidad de poblamiento infinitamente superior a la conocida en la vertiente norte o Cantabria Transmontana.

Comenzando por la primera, tenemos el importante grupo de castros localizado en el norte de Burgos (ABÁSULO, J.A., 1978; BOHIGAS, R., 1978; CASTILLO, B., 1981 y BOHIGAS, R., CAMPILLO, J., y CHURRUCA, J.A., 1984, pp. 7-91), constituido por ventiséis yacimientos; que a continuación se relacionan: Brizuela (1), Quintanilla Valdebodres (2), Argés (3), Ciudad de Ebro (4), Landraves (5), Villamediana de San Román (6), Barrio de Bricia (7), Valdelateja (8), Sedano (9), Gredilla de Sedano (10), Moradillo de Sedano (11), Ahedo de Butrón (12), Amaya (13), Hoyos del Tozo (14), Congosto (15), Humada I (16), Humada II (17), Ordejón de Abajo (18), Ordejón de Arriba (19), San Martín de Humada (20), Rebolledo de la Torre (21), Valtierra de Albacastro (22), Salazar de Amaya (23), Villamartín de Villadiego (24), Rebolledo de Traspaña (25) e Icedo (26). Hacia el oeste es-



Figura 1

te grupo se prolonga con los emplazamientos del N. de Palencia: Monte Bernorio (27), Monte Cildá (28) y el más recientemente descubierto de los Castillos de Valle de Santullán (29) y los del apéndice sur de Cantabria, más numerosos: Aradillos (30), Celada Marlanges (31), Fontibre (32), Fresno del Río (33) y Naveda (34); junto con los más dudosos de Abiada (35), Cañeda (36), Mazandrero (38), o Castrillo del Haya (40). El ángulo SW de Cantabria corresponde al leonés partido judicial de Riaño, donde tenemos los castros de Morgovejo (41), Argovejo (42) y Acevedo-La Uña (43).

Frente a este nutrido grupo de emplazamientos de la Cantabria Cismontana, la Transmontana reduce sus castros conocidos a los de Entrambasaguas (44), Sovilla (45), Sopenilla (46) o los recientemente descubiertos de Cerrazo (47) y Cahecho (48) en Santander, y los de Villa (49) y Taranes (50), en la cuenca del Sella, ya en Asturias. Dentro de las áreas inmediatas a esta Cantabria costera, tenemos por el este el importantísimo castro de Sámano (51), en Castro Urdiales, y por el oeste el castro de Caravia en Asturias (52).

A estos ejemplos de poblamiento al aire libre, hay que sumar recientes hallazgos en cavidades de Santander, donde las cuevas de Cofresnedo (53) y Barrandas (54) (Matienzo, Ruesga), más las de Coventosa (55)

y la Brasada (56) (Arredondo) ofrecieron, asociadas a fragmentos de cerámica a mano, diversas piezas metálicas de hierro y diversas figuras y signos parietales que se han relacionado con el Arte Esquemático Abstracto, atribuido a la Edad del Hierro. A este grupo habrá que sumar la cueva de Cudón (57), que ha proporcionado una vasija de panza convexa de carena alta y cuello vuelto, con paredes espatuladas y un ligerísimo estriado vertical por toda la superficie (Fig. 1,1) (SMITH, P. y MUÑOZ, E., 1984). Junto a la decoración cerámica descrita, existen escasos fragmentos con impresiones de dedos en la parte superior de la panza. Lo más significativo quizás sean la hoja de cuchillo con estrangulamiento, la punta de lanza y el hacha de Cofresnedo (Fig. 1, 2-4), que los autores han relacionado con una fase antigua del puñal monte Bernorio, y la plaquita de cobre con remaches de hierro de Cueva Baranda, decorada con unas líneas de zig-zag realizadas a base de puntos impresos. A estos datos hay que añadir el fenómeno, de escasa entidad numérica, pero enormemente expresivo, de que en las cuevas de Cubrizas (58) (Fig. 1,5) (Piélagos, Cantabria) y Cáscaras (Ruiloba, Cantabria) (59) (Fig. 2, 1-4), junto a la ya citada Coventosa (Fig. 2,5) han aparecido cerámicas a torno pintadas, que por sus características

encajan de lleno dentro de la tradición de la cerámica celtibérica y de sus imitaciones de época romana (BOHIGAS, R., PEÑIL, J. y MUÑOZ, E. 1984). Más problemática es su cronología prerromana, ya que en los escasos fragmentos decorados no aparecen los característicos frisos de semicircunferencias concéntricas, hallándose en cambio, triángulos afrontados rellenos de trazos oblicuos paralelos, insertos en esquemas metopados con buenos paralelos en el nivel indígena de Monte Cildá, fechado en los s. I a.C. y I d.C. (GARCÍA GUINEA, M.A., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J.A., 1966; GARCÍA GUINEA, M.A., IGLESIAS GIL, J.M. y CALOCA, P., 1973).

Con la breve referencia expuesta en los párrafos anteriores se puede apreciar que el panorama de la Edad del Hierro dentro de la Cantabria histórica presenta una complejidad notoria e, igualmente, unas notables lagunas en el conocimiento de los distintos aspectos de la Arqueología de esta época. Básicamente son tres los tipos de yacimiento documentados. El primero de ellos, los túmulos y cromlechs no megalíticos, presenta una problemática casi insoluble por ahora, ya que únicamente se conocen con cierto detalle en el extremo oriental de Santander, lo cual, sumado a que no se dispone de ninguna excavación de tales monumentos, imposibilita aventurar ninguna conclusión.

La ocupación de las cuevas durante la Edad del Hierro aparece, hoy por hoy, como un fenómeno marginal, pese a que su importancia pueda incrementarse en el futuro. Sus caracteres parecen responder a una perduración de las pautas que la Edad del Bronce mostraba ya en lo relativo a la ocupación de las cuevas. Ahora bien, en este caso lo que hace imposible conocer el fenómeno con mayor nitidez no es el desconocimiento de yacimientos, sino la carencia de un mínimo orden en la secuencia cultural de las fases prehistóricas con cerámica de las cuevas de Cantabria, tema en el que se han comenzado a dar los primeros pasos (Colectivo CAEAP, 1984).

De los tres tipos documentados en la Edad del Hierro de Cantabria, son los «Castros» los que revisitan mayor complejidad y entidad. Las facetas que presentan son diversas, pero en ellas hay una serie de aspectos que parecen aproximar la cultura castreña de esta región a los rasgos de las diferentes culturas de la Edad del Hierro en la Meseta Norte. De ellos consideraremos brevemente la distribución, emplazamientos y estructuras constructivas, reduciendo el tratamiento de los materiales a bosquejar unas notas sobre ciertas similitudes que parecen presentar los materiales

arqueológicos conocidos en los castros de Cantabria, lo cual puede ser síntoma de una unidad básica en la cultura material del área —cuya precisión requerirá amplios estudios en el futuro— y de unos ritmos evolutivos similares, cuya nitidez es mayor en la etapa final de la Edad del Hierro y el comienzo de la Romanización.

Considerando la distribución geográfica, una simple ojeada al mapa basta para comprobar la magnitud del desequilibrio existente entre la Cantabria Cismontana y la Transmontana, en lo que se refiere al número de yacimientos de una y otra. Los cuarenta y tres yacimientos meridionales, frente a los seis detectados en la vertiente norte, suponen una diferencia de tal magnitud, que es muy expresiva, en sí misma, acerca de la calificación de «pueblo de borde de Meseta» que se puede dar a los cántabros, tan sólo matizable por la posibilidad de que nuevos poblados sean descubiertos en la vertiente cántabrica del territorio, a medida que se acometan nuevas prospecciones en los amplios espacios vacíos que quedan en ella.

Los emplazamientos de estos poblados presentan similitudes notables con los de los castros de ciertas regiones de los bordes de la Cuenca del Duero, particularmente con zonas de la provincia de Burgos, como el área de Salas de los Infantes (ABÁSULO, J.A. y GARCÍA ROZAS, R., 1980), la zona montañosa del partido judicial de Burgos al norte de la capital (ABÁSULO, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I., 1977) o la zona de Miranda de Ebro (ABÁSULO, J.A., 1974). Ahora bien, no son exclusivos de Burgos los paralelos dentro de la Cuenca Norte, pues el segoviano cerro del Tormejón (Armuña) presenta unas características homologables a las de muchos de estos poblados a más de 250 kms. al sur del límite meridional de Cantabria (LUCAS, M.R. y VIÑAS, V., 1971, pp. 76-85).

La tipología de A. Llanos (LLANOS, A., 1974, pp. 101-146) para los emplazamientos castreños de la provincia de Álava supone un modelo que puede ser utilizado, sin apenas modificaciones, en la mayor parte del propio territorio cántabro y en las áreas meseteñas donde hemos indicado estos ejemplos. La razón de esta coincidencia de tipos de emplazamiento se debe buscar en una adaptación de las poblaciones de la Edad del Hierro a las condiciones topográficas de las diversas zonas, más que en una influencia de tipo étnico o cultural. La circunstancia común a estas áreas, que explica estas coincidencias, es el hecho de que en todas ellas el modelado del relieve está determinado en buena medida por macizos calizos plegados, que son la mayoría de los sectores topográficamente dominantes.

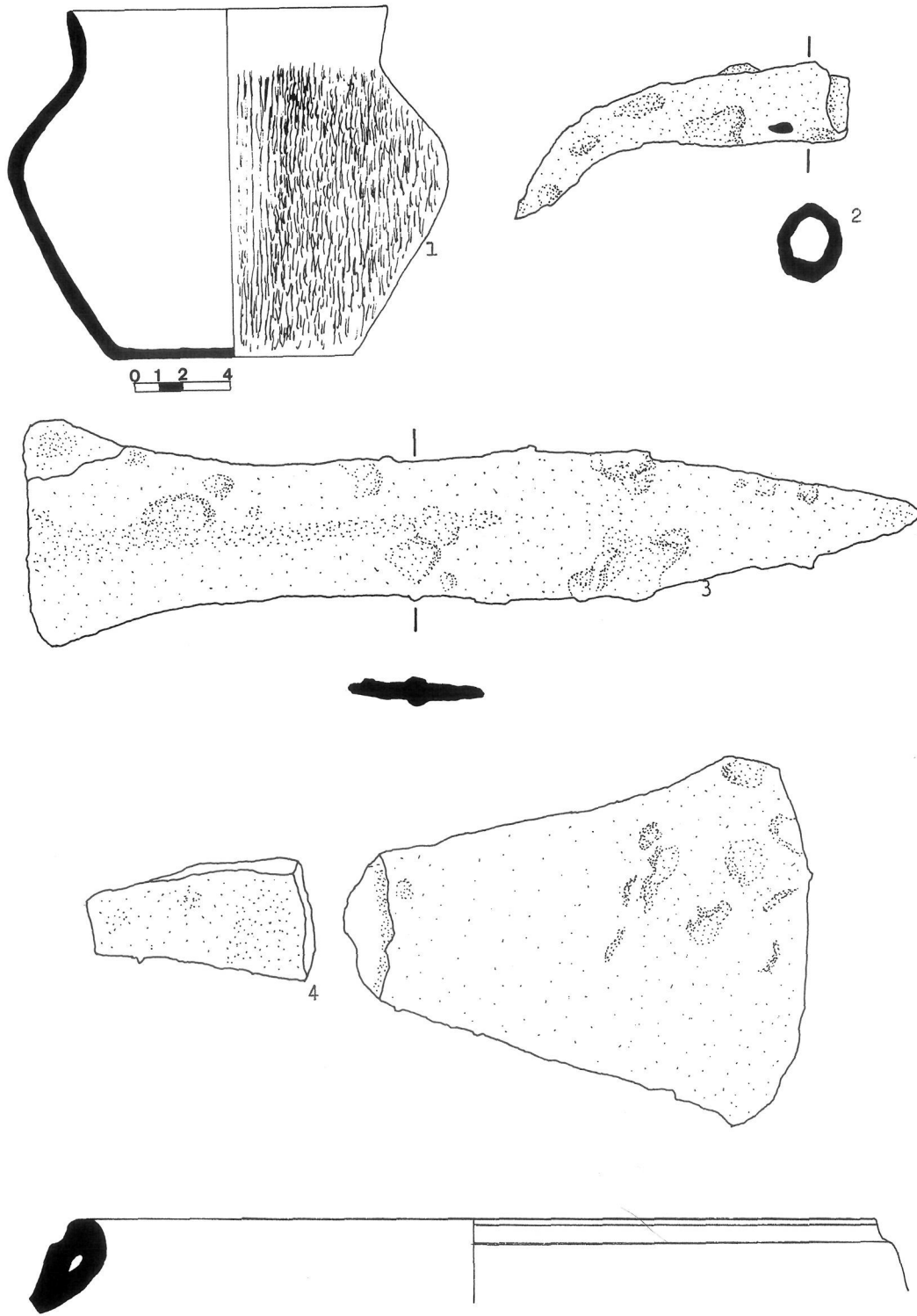


Figura 2. 1: Cueva de Cudón, 2-4: Cueva de Cofresnedo, 5: Cuevas de las Cubrizas.

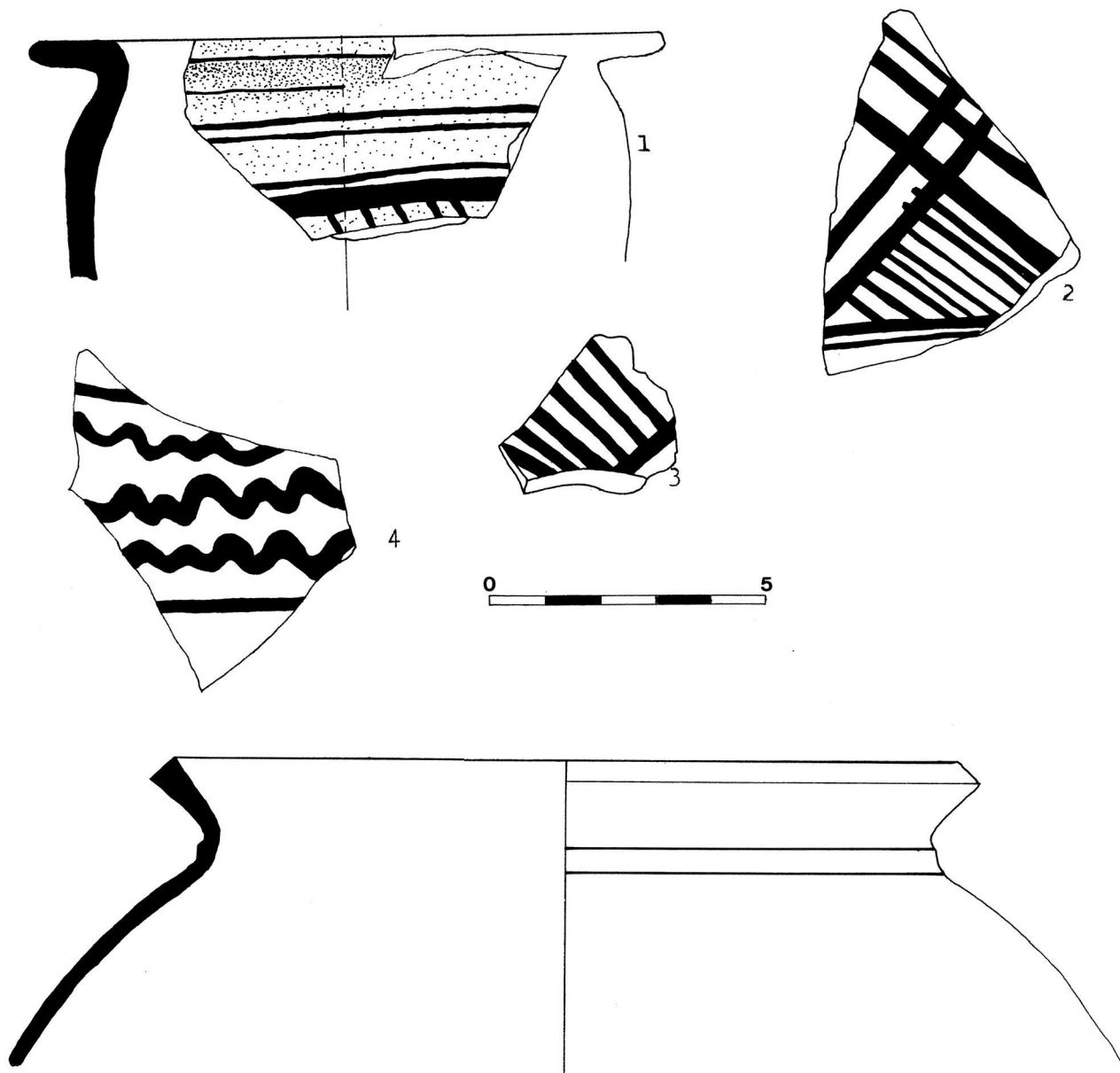


Figura 3. 1-4: Cueva de las Cáscaras, 5: Cueva de Coventosa.

El estudio de las defensas, estructuras de poblamiento y materiales hallados en los castros de Cantabria, tropieza con el inconveniente de que el número de emplazamientos excavados es escaso, con estudios fragmentarios, que en algunos casos son francamente deficientes.

En la provincia de Palencia son dos los yacimientos excavados. El primero es Monte Bernorio, excavado por R. Moro (MORO, R., 1891) a fines del siglo pasado. Posteriormente hubo tres campañas los años

1943, 1944 y 1959, dirigidas por San Valero (SAN VALERO, J., 1944 y 1966). De las excavaciones de Moro procedían las piezas metálicas de la ya dispersa colección Comillas, que sirvieron de base para la tipificación del puñal Miravehe-Monte Bernorio. Los trabajos de San Valero se centraron en la limpieza de las murallas y de un baluarte situado en la unión de los muros sur y este. En lo relativo a las estructuras únicamente se descubrió un fondo de cabaña circular, situado bajo el muro, al que hay que añadir dos tumuli-

llos de incineración, en cuyos ajuares se encontraron, respectivamente, dos cuchillos de contera discoidea y de contera de cuatro discos. El estudio de los materiales es prácticamente inútil, pues se reduce a simples inventarios carentes de complemento gráfico. Únicamente se reproducen los materiales hallados entre las paredes de arcilla de la cabaña (Fig. 8, 10-13). Por lo demás, conviven dos especies cerámicas: una hecha a mano, a veces bruñida, con decoraciones impresas, de incisiones, digitaciones, etc., y una cerámica de tipo celtibérico, a torno y con temas pintados de semicírculos concéntricos. Junto a estos materiales debieron encontrarse piezas de época romana, mencionados claramente en 1966, pese a lo cual la única atribución cronológica formulada por San Valero lleva la ocupación de Bernorio al periodo de los s. III al I a.C.

Recientemente A. Esparza (ESPARZA, A., 1982, pp. 395-408), partiendo de los datos publicados por San Valero, ha puesto de relieve la cronología baja de la muralla interna del recinto, que fecha en los s. II-I a.C., en una segunda fase de ocupación del yacimiento. Destaca también el posible entramado de madera del Castillete o torre excavado por San Valero.

El segundo de los yacimientos es Monte Cildá, donde también excavó R. Moro (MORO, R., 1891a), quien encontró una fíbula y una moneda celtibérica que podrían remontarse a época prerromana. En las excavaciones de 1963-69, dirigidas por García Guinea (GARCÍA GUINEA, M.A., GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J.A., 1966 y GARCÍA GUINEA, M.A., IGLESIAS GIL, J.M. y CALOCA, P., 1973) se detectaron abundantes cerámicas pintadas, hechas a torno, de pastas de color siena (Fig. 7, 1-9), que los autores de las Memorias designaban unas veces como celtibéricas y otras como cántabro-vacceas, cuando en realidad son parte de una misma tradición cultural, que arrancaría del s. I a.C., prolongándose hasta finales del s. I d.C. o inicios del II d.C.. Junto a ellas aparecieron algunos escasos fragmentos de cerámica con decoración de dedos (Fig. 7, 10) en los bordes, fechados en el s. I a.C.. En relación con la cerámica pintada se encontró un pavimento enlosado de una cabaña circular, fechada en el mismo periodo por la aparición de una moneda ibérica de Turiaso. Junto a las cerámicas aludidas aparecieron otras piezas que emparentan este nivel con Celada Marlantes de modo bastante estrecho, como los mangos de hueso, alguno decorado con círculos concéntricos incisos (Fig. 7, 11 y 14), una cuenta de collar de hueso decorado con reticulado inciso, junto con cerámica estampillada, fi-

chas, a veces perforadas (Fig. 7, 13, 15, 16 y 18) y una bola o cánica (Fig. 7, 14).

El tercer poblado excavado en esta zona es el campurriano de Celada Marlantes, donde los trabajos corrieron a cargo del Museo de Santander en los años 1968-69 (GARCÍA GUINEA, M.A. y RINCÓN, R., 1970). En los materiales no aparece la incidencia de lo romano que se aprecia en Cildá y se vislumbra en Bernorio. El material fue estudiado en diversos apartados. A la decoración estampillada de las cerámicas (Fig. 3, 1-11) se le encontraron paralelos en las Cogotas y en algunos castros gallegos, excepto para el tema de los óvalos con líneas transversales, que cuentan únicamente con paralelos gallegos. Los temas incisos de dientes de lobo cuentan con ejemplos similares en Cogotas y Numancia. Decoraciones de tradición arcaizante son las incisiones sobre el borde, los mamelones o las impresiones de dedos, todo ello con una cronología comprendida entre el s. III y el I a.C.. A este periodo corresponderían también las fíbulas (Fig. 5, 8-10), con tipos como las serpentiformes, las de ballesta o las hebillas en «omega». Lo mismo sucede con los cuchillos afalcatados (Fig. 4, 1-5), cuyos paralelos más significativos se localizan, entre otros, en Soto III. Los mangos de hueso (Fig. 4, 4 y 6-8) se remontan a una cronología del s. II a.C., con paralelos en Numancia e Izana, como también sucede con las fichas perforadas (Fig. 5, 5-6); las cerámicas pintadas con svásticas dobles o una cabeza de pájaro (Fig. 5, 1-3) se relacionan igualmente con Numancia. Una consideración general del asentamiento de Celada, pone de manifiesto que la mayor parte de su ajuar cuenta con paralelos en la Meseta Norte, siendo precisamente los que han servido de base para determinar la cronología de la ocupación, mientras los vínculos con el NW se reducen a ciertos detalles de la decoración cerámica y de la distribución de las fíbulas, resultando mucho menos significativos que las densas vinculaciones con la Meseta, sobre todo en su parte oriental.

Fuera de estos tres yacimientos, situados sobre el eje de comunicaciones formado por el valle del Pisuerga, la cabecera del Ebro y la salida a la costa a través del valle del Besaya, únicamente hay dos que hayan sido objeto de excavación. Uno es el castro leonés de la Canalina (Morgovejo), donde tuvieron lugar diversos hallazgos, publicados por J.M. Luengo (LUENGO, J.M., 1940, pp. 170-177) y T. Mañanes (MAÑANES, T., 1977). Básicamente fueron materiales metálicos de hierro, como un cuchillo de filo recto y dorso curvo, una punta de lanza (Fig. 6, 6), junto con dos puntas de dardo publicadas por Mañanes (Fig. 6, 7-8). En

tre los útiles de bronce había cabezas de alfileres, fíbulas de arco (Fig. 6,11), fíbulas en «omega» (Fig. 6,13), agujas, punzones, eslabones (Fig. 6,15), junto con el asa de un caldero (Fig. 6,12). La cerámica estaba hecha a torno y se decoraba con diversas técnicas: 1. estampillado de triángulos rellenos de líneas horizontales y de reticulados (Fig. 6, 10-14), 2.º acanaladuras verticales de trazado en zig-zag (Fig. 6,9) y 3.º incisiones triangulares a modo de dientes de lobo (Fig. 6,16). Junto a ellos apareció un borde de cerámica pintada (Fig. 6,17) con un friso de semicircunferencias en el borde, asimilable a la cerámica de tradición indígena, ya que la *T. Sigillata* encontrada nos habla de la pervivencia del poblado hasta la Romanización, a cuyos momentos iniciales nos conducen los dos ases de *Calagurris* con efigies de Augusto y Tiberio. Además fueron detectados dos pozos de incineración, cerrados por un amontonamiento de piedras, que debían actuar a modo de túmulos.

Fuera de los límites de la Cantabria propia está el castro asturiano de Caravia, pese a lo cual, la escasa distancia que le separa del río Sella, confiere a los materiales procedentes de la excavación de A. Llano (LLANO DE LA ROZA DE AMPUDIA, A., 1982, pp. 31-72) un considerable valor por cuanto constituyen el único muestrario amplio de materiales de la vertiente costera de Cantabria y sus alledaños. Apareció un ajuar metálico, con útiles de bronce y hierro, así como cerámica, asociado a fondos de cabaña rectangulares de unos 4 por 3 m., con hogares en cada una de ellas, situados en una esquina. Entre los objetos de bronce y cobre tenemos una aguja y fíbulas, entre las que hay una de torrecilla, un resorte con aguja y una fíbula zoomorfa de caballito, decorada con un tema de banda rectangular con granos obtenidos a troquel (Fig. 9, 10-13). Entre los útiles de hierro tenemos una hoja de cuchillo, una hoz, una azuela, varias hojas de navaja y una punta de lanza, así como una hoja de puñal de pomo naviforme de tipo Monte Bernorio (Fig. 9, 1-9 y 14), este último publicado completo por J.L. Maya (MAYA, J.L., 1983, pp. 13-44). La cerámica está trabajada a mano (Fig. 10, 1-18), decorándose con esquemas incisos de espina de pez, zig-zag, líneas paralelas en sentido vertical u oblicuo, que a veces rellenan bandas paralelas y reticulado. En ocasiones la decoración incisa se complementa con estampillas de círculos concéntricos, como los triángulos rellenos de líneas paralelas o los vértices de los dientes de sierra. La cronología atribuida al conjunto por Maya se centra en la Segunda Edad del Hierro, entre los s. V y I a.C.

Fuera de estos yacimientos, únicamente se dispone de materiales recogidos en prospección, básicamente en el N. de Burgos y en algún emplazamiento del S. de Cantabria. En Brizuela (Fig. 11, 1-5) tenemos fragmentos de panzas y bordes de cerámica a mano, con impresiones de dedos en las primeras y de uñas en las segundas, en disposición paralela en un caso y alternando las verticales con las oblicuas en el otro. En Valtierra de Albacastro (Fig. 11, 6-10) aparecieron una panza y bordes con decoración de impresiones de dedos. Ordejón de Arriba (Fig. 12, 1-6) presentaba panzas donde las digitaciones aparecen sobre cordones en relieve, con decoración incisa de espina de pescado, dientes de sierra, bandas de líneas paralelas oblicuas o trazos horizontales. En Fontibre (Fig. 12, 7-8) volvemos a encontrar dedadas en la panza junto a las uñadas en los bordes, asociados a trozos de arcilla con improntas de varas, que sugieren edificaciones de madera recubiertas de barro seco. Amaya proporcionó una canica decorada con espina de pez, una fusayola y una pieza de enganche (Fig. 12, 9-11) y de Salazar de Amaya procede un pendiente o fíbula en «omega» fragmentada de bronce (Fig. 12,12).

Algunos de los aspectos y datos consignados anteriormente ofrecen un campo de afinidades entre sí, que a su vez pueden relacionarse con datos de yacimientos más meridionales, dentro ya de la Cuenca del Duero. Así las construcciones circulares de Cildá y Bernorio, junto los restos de Fontibre, corresponden a muros construidos con madera y arcilla, sistema que posiblemente fuese también el empleado en Caravia, donde fueron hallados fondos de cabaña sin muros, en una región abundante en piedra, utilizada frecuentemente en el occidente asturiano. La técnica parece un traspaso del adobe utilizado en el Soto de Medinilla (PALOL, P. y WATTENBERG, F., 1974, pp. 181-195) en las cabañas circulares de los niveles Soto I y Soto II, desde el s. VII a fines del III a.C. Junto a estas cabañas circulares, aparecen plantas rectangulares: junto a las de Caravia, ya aludidas, en los castros de Ahedo de Butrón, Amaya, Salazar de Amaya, Ulaña 1 y Ulaña 3 (CASTILLO, B., 1981, pp. 110-113). Aún cuando las de Amaya y Salazar puede ser atribuidas a las ocupaciones medievales de estos recintos, las restantes deben remontarse a época prerromana, sin que su presencia pueda explicarse con claridad debido a lo escaso y mal estudiado del tema.

Las necrópolis conocidas son escasas dentro de Cantabria: Bernorio, Morgovejo, a las que cabe sumar las de Icedo y Valtierra de Albacastro (ABÁSOLO, J.A., 1978; BOHIGAS, R., 1978 y CASTILLO, B., 1981), más

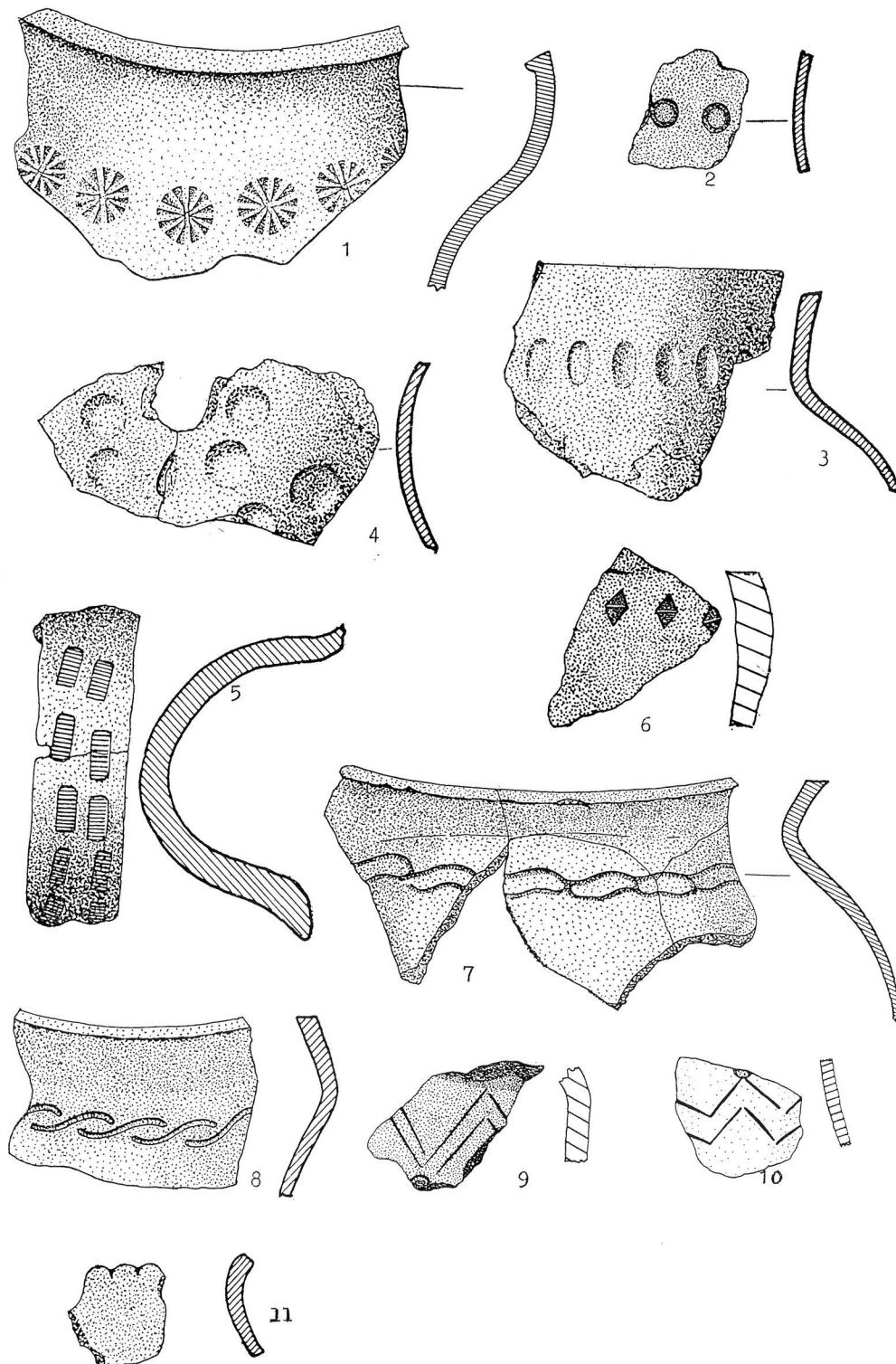


Figura 4. 1-11: Celada Marlantes.

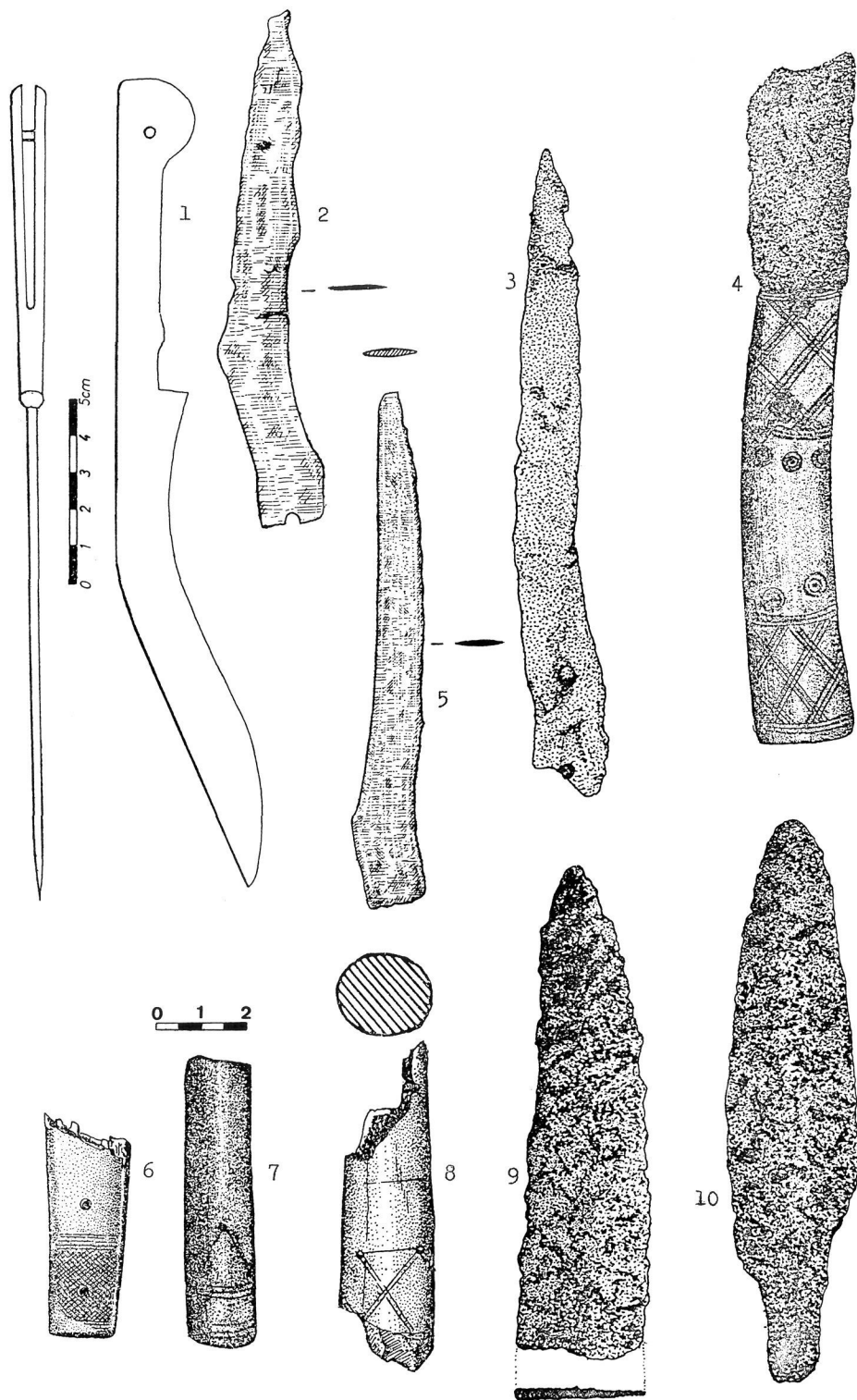


Figura 5. 1-10: Celada Marlantes.

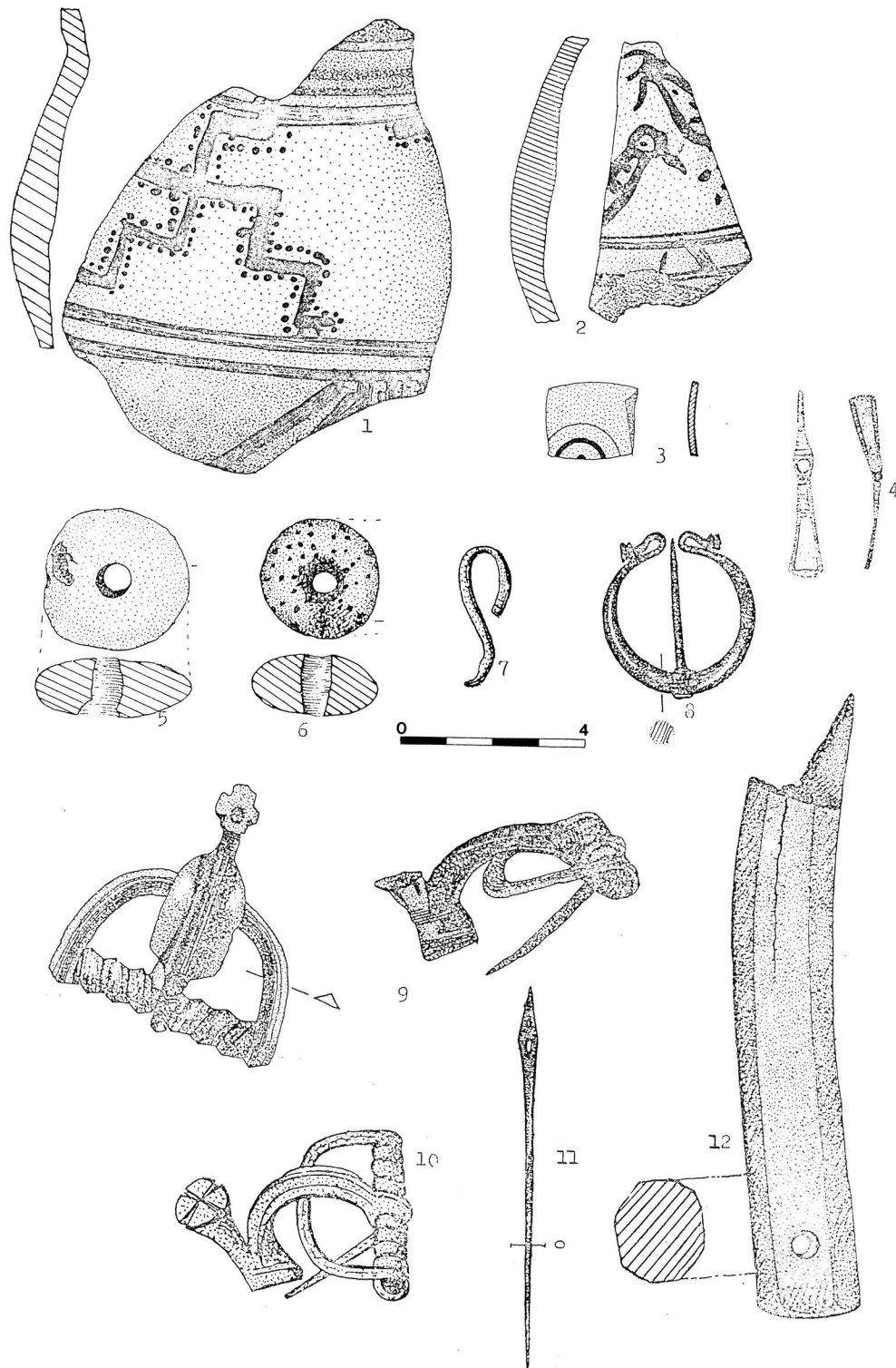


Figura 6. 1-12: Celada Marlantes.

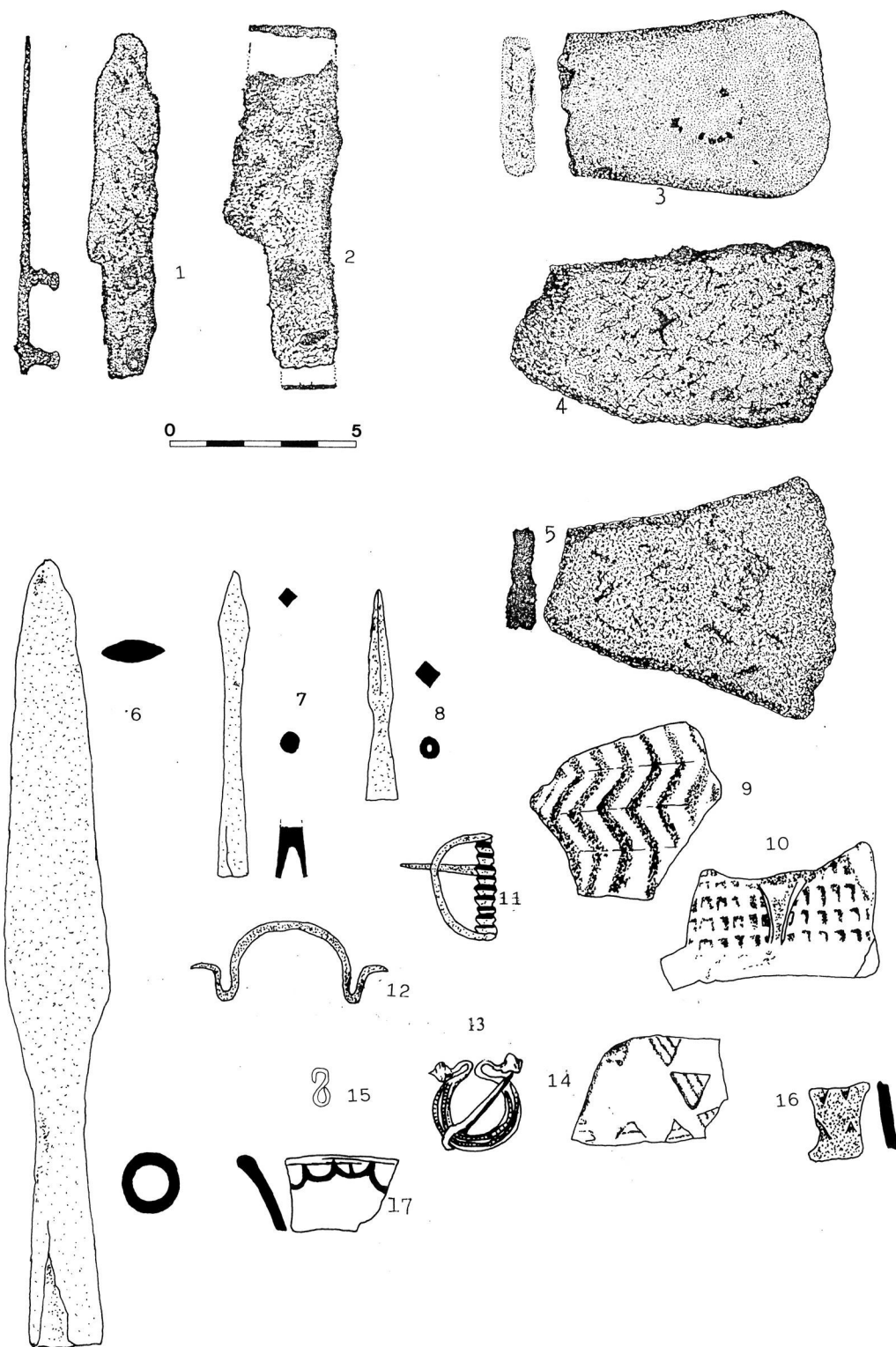


Figura 7. 1-5: Celada Marlantes, 6-17: Morgovejo.



Figura 8. 1-18: Monte Cildá.

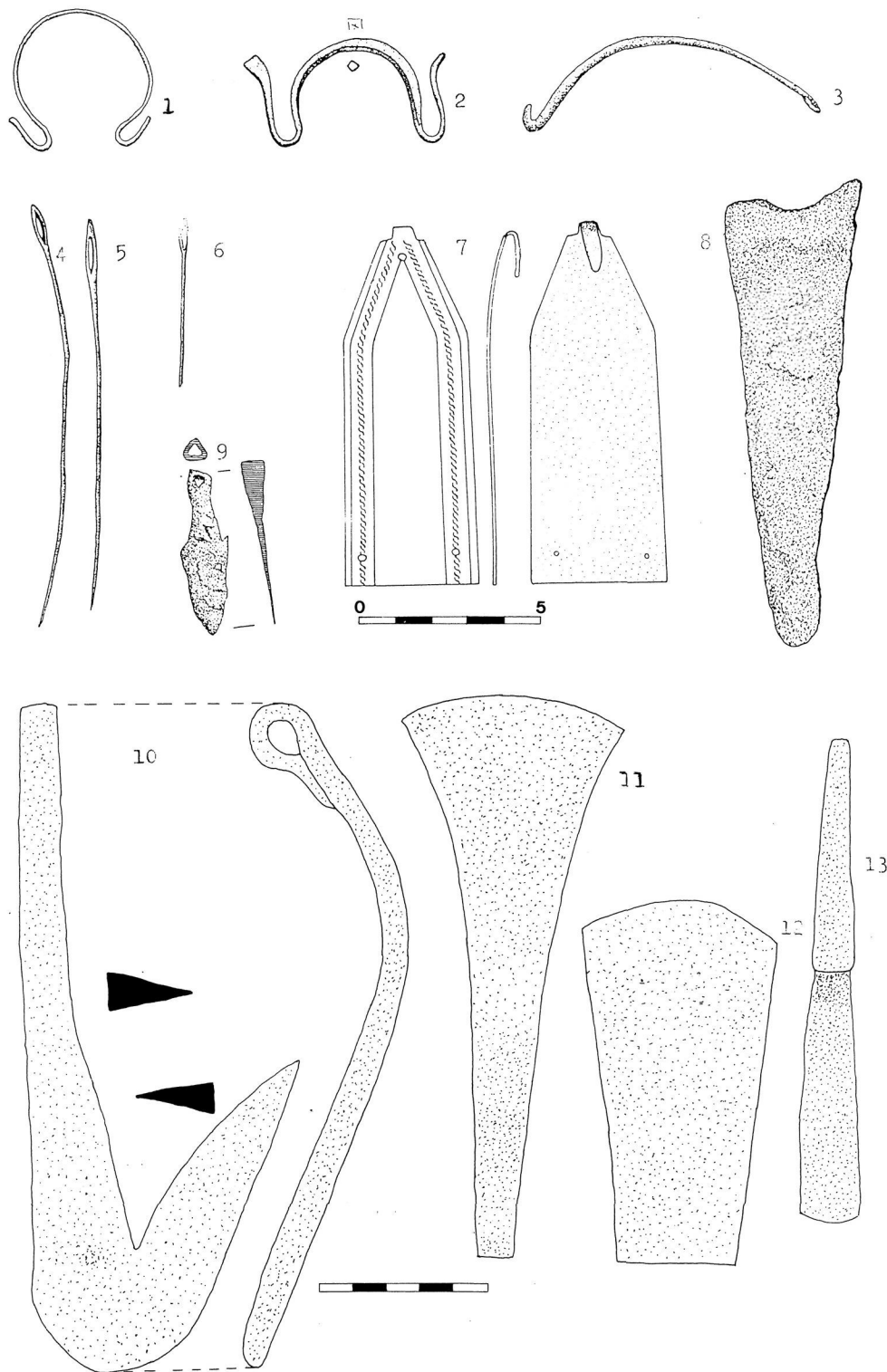


Figura 9. 1-9: Monte Cildá, 10-13: Bernorio.

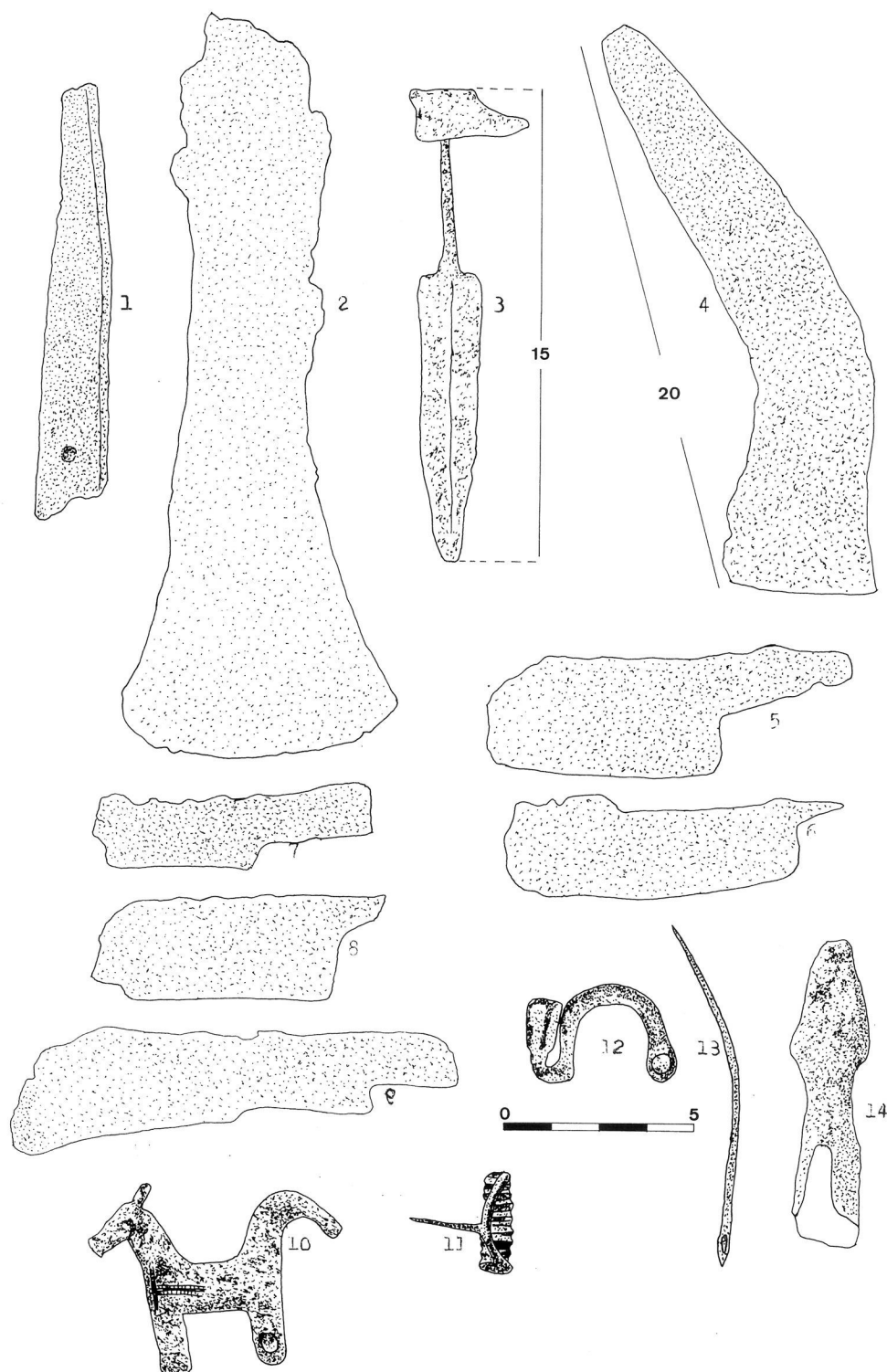


Figura 10. 1-14: Castro de Caravia.

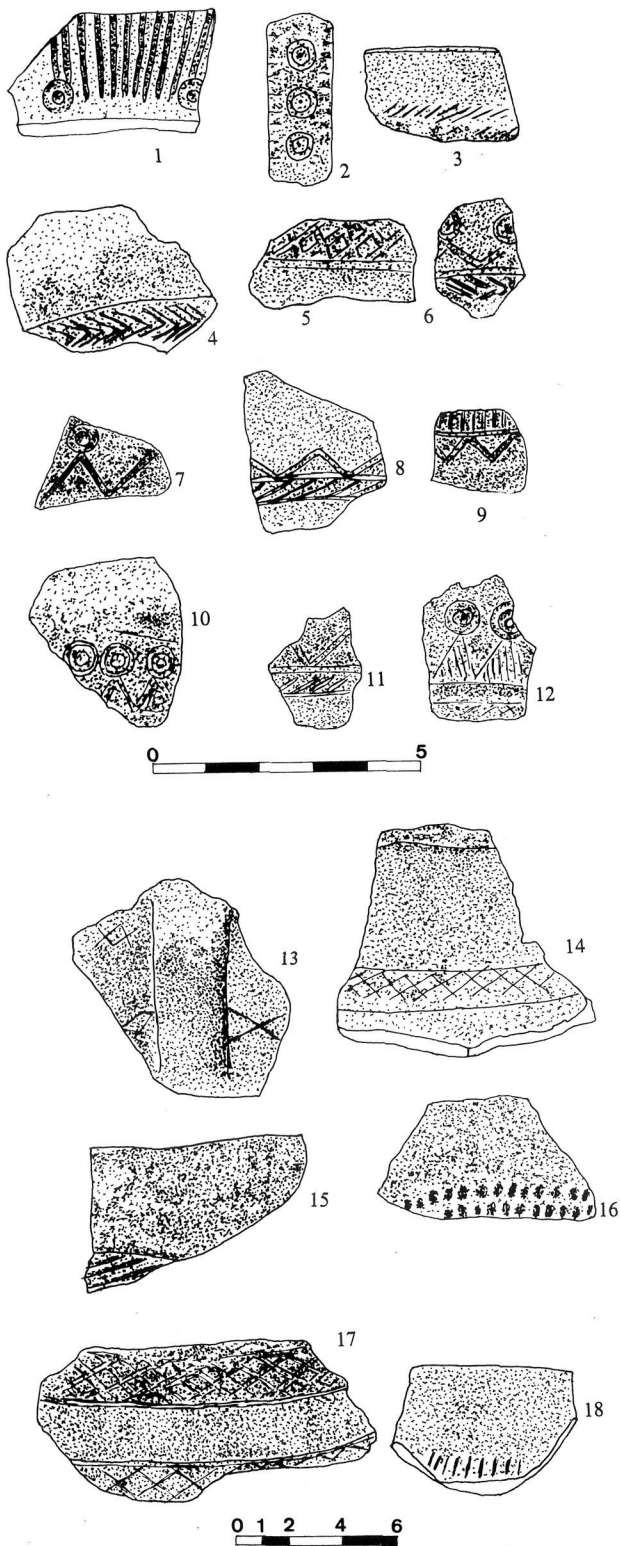


Figura 11. 1-18: Castro de Caravia.

las dos de Humada y la de Rebolledo de Traspeña (CASTILLO, B., 1981, pp. 34, 36 y 81). Todas ellas se concentran en una región muy concreta del sur de la Cantabria histórica, con paralelos próximos en la zona inmediata por el sur, con estaciones como Ubierna, con incineraciones individuales de pozo fechadas entre los s. IV y II a.C. con su apogeo en el tránsito III-II a.C. (ABÁSULO, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I., 1977; ABÁSULO, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I., 1979 y CASTILLO, B., 1981). En unos ámbitos más alejados, necrópolis del N. del Sistema Central, como Osera (CABRÉ, J., CABRÉ, E. y MOLINERO, A., 1950) o Cogotas (CABRÉ, J., 1931) se asemejan también en ciertos elementos a estos ejemplares de la Cantabria. Así nos hallamos ante una coincidencia de rasgos, que ya se veía al tratar sobre los emplazamientos, esta coincidencia, que se concreta en la generalización de los túmulos como forma de enterramiento predominante, no se aprecia en necrópolis del centro de la Cuenca, como en la vallisoletana de Padilla de Duero (MAÑANES, T. y MADRAZO, T., 1978, pp. 425-432), que apuntan a la sustitución del túmulo por otro tipo de señalización, preferentemente por estelas.

Refiriéndome a los materiales, me limitaré a esbozar algunas afinidades que presentan entre si los materiales descritos, tal y como anticipé más arriba, intentando reducir la comunicación a la brevedad necesaria en este tipo de reuniones. Así, dentro de los instrumentos de bronce, tenemos agujas en Cildá, Celada y Caravia que parecen responder a un tipo sensiblemente parecido; tipos comunes de fíbulas son las denominadas en «omega» de Celada, Morgovejo o Salazar de Amaya, independientemente de las diferencias cronológicas de la primera respecto a las últimas, fíbulas con el pie rematado en torre las encontramos en Celada, Morgovejo y Caravia. Gran parecido presentan también los eslabones de cadenilla de Celada y Morgovejo o las asas de pequeños calderos de Cildá o Morgovejo. Los instrumentos de hierro presentan también ciertas afinidades, como las hachas de Cofresnedo, Celada, Bernorio y Caravia, las navajas de Celada y Caravia o los cuchillos afalcatados de Celada, el de Caravia o el descrito en Morgovejo, que podría aproximarse a este mismo tipo. Semejanzas presentan también las puntas de lanza de Celada, Morgovejo, Cildá y Caravia, de cuyos modelos se apartan las puntas de lanza de Bernorio publicadas por San Valero, que quizás encajen mejor con los dardos de Morgovejo publicados por Mañanes. Los mangos de hueso con decoraciones incisas de enrejados y círculos concéntricos de Celada, Marlantes y Cilda tienen una proximidad

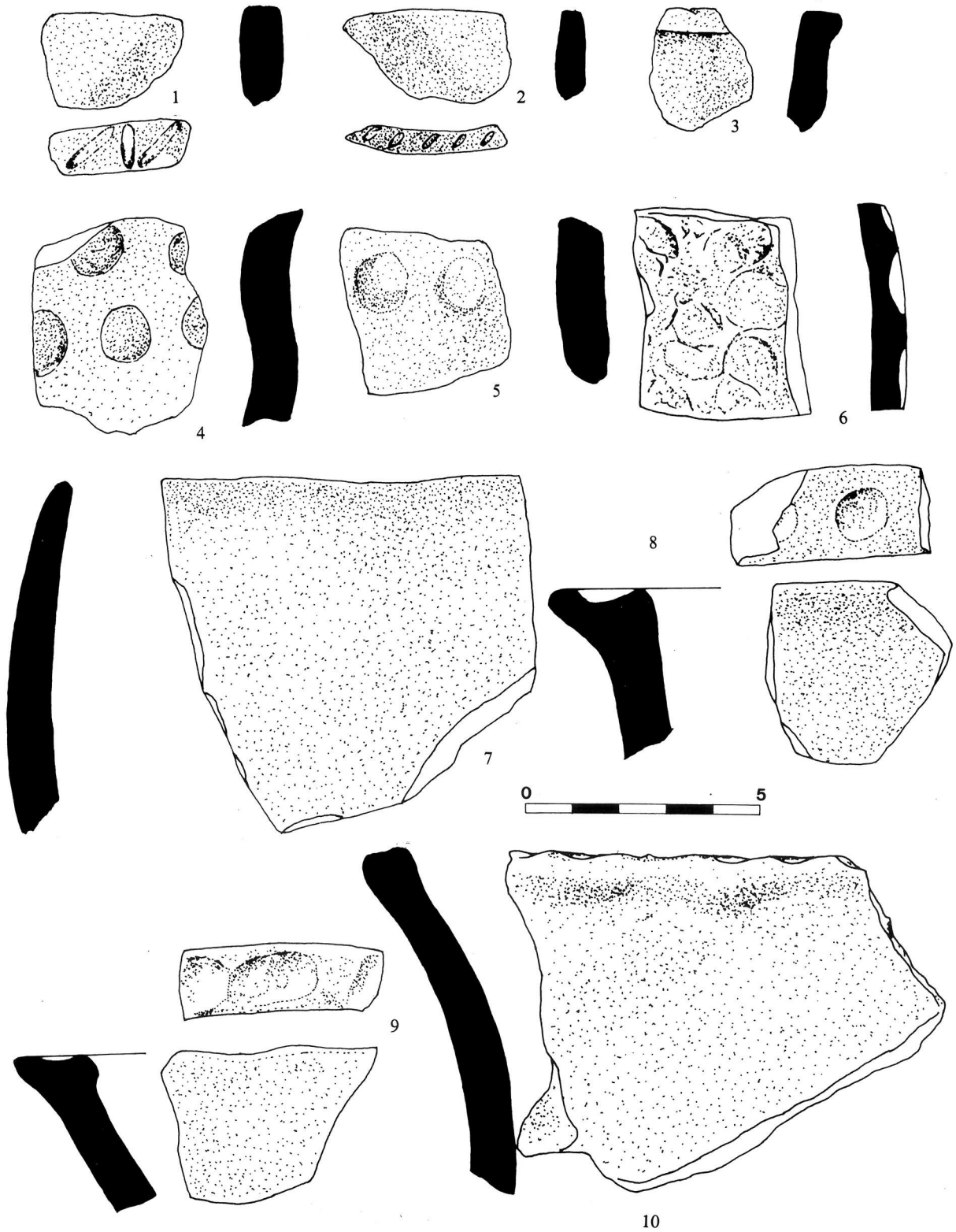


Figura 12. 1-5: Brizuela, 6-10: Valtierra de Albacastro.

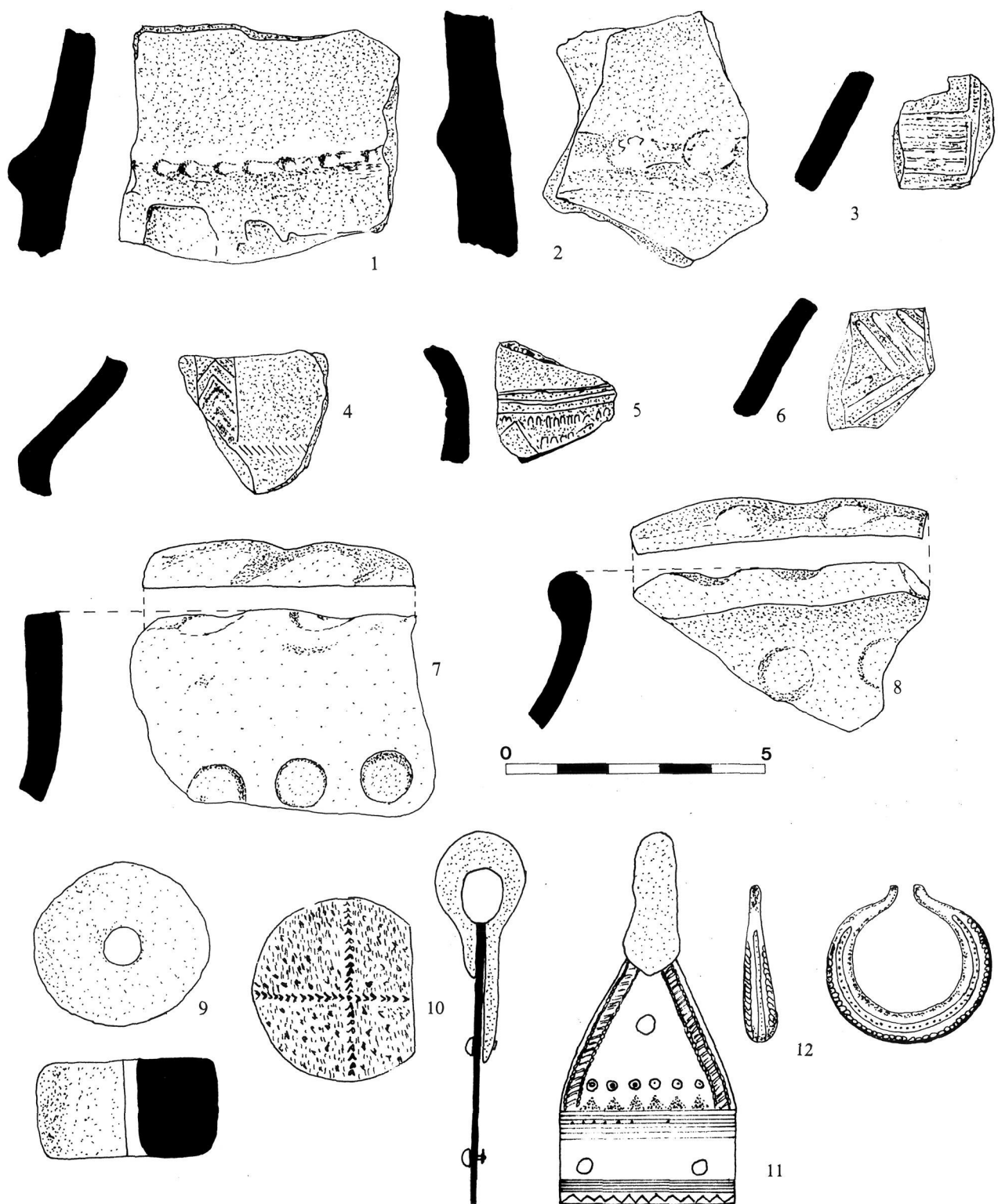


Figura 13. 1-6: Ordejón de Arriba, 7-8: Fontibre, 9-11: Amaya, 12: Salazar de Amaya.

dad tipológica, además de geográficas, que no pasó desapercibida a los excavadores de ambos yacimientos, al igual que sucede con las fusayolas incisas de estas estaciones.

Considerando la cerámica, la decoración de la elaborada a mano tiene su más amplio repertorio conocido en Celada, con las impresiones de dedos y uñas y las estampillas de círculos, rosetas, rombos, óvalos rellenos o las incisiones de S y líneas de zig-zag, asociadas a impresiones de círculos. Morgovejo presenta la misma asociación de cerámicas estampilladas e incisas, con la cerámica pintada a torno, que aquí perdura hasta la Romanización, resultando sintomática la similitud de alguna estampilla de cuadrículas de Morgovejo con otra de Cildá, cuya cerámica a mano se acerca a la de Celada. Caso algo diferente es Caravia, donde la asociación de estampillas e incisiones geométricas se documentan igualmente, aunque con esquemas que se aproximan más a la cultura del NW, lo que no deja de resultar paradójico dadas las claras vinculaciones meseteñas que atestiguan la fíbula de caballito y el puñal Monte Bernorio procedentes del yacimiento en cuestión, aunque explicable por su posición occidental.

Frente a la relativa abundancia de la cerámica a mano, la torneada con decoraciones pintadas es escasa en Celada Marlantes y únicamente abunda en Cildá, ya en una cronología a caballo del cambio de Era. A esta cronología hay que atribuir el único fragmento publicado en Morgovejo y los hallados en las cuevas de la vertiente costera, por la similitud de sus decoraciones con Cildá, señalada más arriba. De los fragmentos conocidos únicamente los de Celada se relacionan claramente con ambientes prerromanos numantinos, en el borde oriental de la Cuenca del Duero, mientras los demás se aproximan en mayor medida a las perduraciones romanas de esta tradición cerámica sobre las que ha expuesto en este Coloquio una comunicación.

Para terminar, quisiera hacer una serie de reflexiones, a manera de conclusiones, sobre el estado de las investigaciones sobre la Edad del Hierro en el territorio que nos ha ocupado y sus perspectivas de futuro.

En primer lugar es preciso destacar la existencia de grandes vacíos dentro de los límites de la Cantabria histórica, espacios en los cuales se desconoce todo acerca de los yacimientos de esta época; esta situación plantea la necesidad de colocar en un primer plano la actividad de prospección, de cara a catalogar de manera exhaustiva los castros de esta región, llenan-

do esos grandes vacíos a que aludía, fruto —como suele ocurrir casi siempre— de una incompleta y deficiente labor de campo, que aborde el tema desde una perspectiva global.

Un segundo punto sobre el que es interesante incidir es el que se refiere a la necesidad de estudiar de manera minuciosa y pormenorizada los materiales de los yacimientos ya excavados, plano en el que convendría tener en cuenta la perspectiva de grandes semejanzas en la cultura material de los castros de la Cantabria, tema que hemos intentado esbozar a través de estas líneas, sin poder asegurar el haberlo logrado por completo. En relación con este punto es sumamente necesario destacar la especial relevancia que tendría la revisión de los materiales procedentes de las excavaciones de Monte Bernorio, que supone una laguna inadmisibles en nuestros conocimientos sobre la Edad del Hierro de la región, veinticinco años después de haber sido concluidas las excavaciones; que quizás fuese necesario reanudar a la vista de las perspectivas que pudiese abrir un adecuado estudio de los materiales de este yacimiento.

En el plano de las vinculaciones culturales, resulta relativamente claro que el espacio geográfico donde se documentan los paralelos más cercanos a los fenómenos de la Edad del Hierro de la antigua Cantabria, es el conjunto de la Cuenca del Duero, con especial relevancia de su borde oriental en ciertos aspectos de la última etapa de la Edad del Hierro. Sobre esta cuestión es muy poco lo esbozado sobre un tema que podría constituir un libro en sí mismo, pero en el que se percibe con nitidez la existencia de unos ritmos evolutivos similares, al menos en los yacimientos de la Cantabria Cismontana, según los cuales la celtiberización de este sector tendría lugar en una cronología baja, siglos II y sobre todo, I a.C., asociándose en algunos puntos como el SW de Cantabria al comienzo del dominio romano, momento en el que se puede situar también la penetración de ciertos influjos meseteños, ya simples reflejos de la cultura de la Edad del Hierro, hacia la costa cantábrica a través del eje de comunicaciones marcado por la línea del valle del Besaya.

Bibliografía

- ABÁSULO ALVAREZ, J.A. 1974. *Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos Judiciales de Belorado y Miranda de Ebro*, Studia Archaeologica, 33, Valladolid.

- ABÁSULO ÁLVAREZ, J.A. 1978. *Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos Judiciales de Castrojeriz y Villadiego*, Burgos.
- ABÁSULO ÁLVAREZ, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I. 1977. *Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partido Judicial de Burgos*, Burgos.
- ABÁSULO ÁLVAREZ, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I. 1979. «El Conjunto Arqueológico de Ubierna. Contribución al Estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte», *B.S.A.A.*, XLV, 1979, pp. 168-188.
- ABÁSULO ÁLVAREZ, J.A. y GARCÍA ROZAS, R. 1980. *Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos, Partido Judicial de Salas de los Infantes*, Burgos.
- ASSAS, M. 1867. *Crónica de la Provincia de Santander*, Madrid.
- BLOT, J. 1975. «Le Tumulus-Cromlech d'Ugatzte (Pic des Escaliers, Soule)», *Munibe*, XXVII, 3-4, pp. 139-150.
- BLOT, J. 1976. «Tumulus de la region de Sare (Labourd) (Compte rendu de fouilles)», *Munibe*, XXVIII, 4, pp. 287-303.
- BLOT, J. 1978. «Le tumulus-cromlech de Mehatzé (Mehatzé V-Commune de Banca). Compte-rendu de fouilles», *Munibe*, 30, 1978, pp. 173-180.
- BLOT, J. 1981. «Le tumulus de Ahiga. Une tradition protohistorique en Plein Moyen Age?», *Munibe*, 33, 3-4, pp. 191-193.
- BOHIGAS ROLDÁN, R. 1978. *Los yacimientos de la Edad del Hierro en Cantabria*, Memoria de Licenciatura mecanografiada, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- BOHIGAS ROLDÁN, R., CAMPILLO CUEVA, J., y CHURRUGA GUTIÉRREZ, J.A. 1984. «Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos judiciales de Sedano y Villarcayo», *Kobie*, 14, pp. 7-91.
- BOHIGAS, R., MUÑOZ, E. y PEÑIL, J. 1984. «Las cerámicas a torno en las cuevas de Cantabria», *La Prehistoria en las Cuevas de Cantabria*, B.C.E., pp. 140-159.
- CABRÉ, J. 1931. Excavaciones en las Cogotas (Cardeñosa, Ávila). La Necrópolis, *Mem. J.S.E.A.*, 120.
- CABRÉ, J., CABRÉ, E. y MOLINERO, A. 1950. *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*, A.A.H., V, Madrid.
- CASTILLO IGLESIAS, B. 1981. *El Poblamiento Prerromano de las Loras*, Memoria de Licenciatura mecanografiada, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- COLECTIVO C.A.E.A.P., 1984, «Las Culturas Prehistóricas con Cerámica en Cantabria», *La Prehistoria en las Cuevas de Cantabria*, Santander, B.C.E., 4, 1984, pp. 103-128.
- ESPARZA ARROYO, A. 1982. «Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia)», *Pub. Ins. Tello Téllez de Meneses*, Palencia, 47, PP. 395-408.
- FERNÁNDEZ GUERRA, A. 1878. *Cantabria*, Madrid.
- FLÓREZ, H. 1768. *La Cantabria*, Madrid.
- FLÓREZ, H. 1805. *España Sagrada*, VI, Madrid.
- GARCÍA GUINEA, M.A., GONZÁLEZ ECHAGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J.A. 1966. Excavaciones en Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) (1963-1965), *Exc. Arq. en Esp.*, 61, Madrid.
- GARCÍA GUINEA, M.A. y RINCÓN, R. 1970. *El Asentamiento Cántabro de Celada Marlantes*, Santander.
- GARCÍA GUINEA, M.A., IGLESIAS GIL, J.M. y CALOCA, P. 1973. Excavaciones en Monte Cildá (Olleros de Pisuerga, Palencia) (1966-1969), *Exc. Arq. en Esp.*, 82, Palencia.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1966. *Los Cántabros*, Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. 1979. *Cantabria a través de su historia*, Santander.
- GORROCHATEGUI, F.J. y YARRITU, M.J. 1980. Catálogo de talleres y manifestaciones funerarias (dólmenes, túmulos, cromlechs y menhires) del Bronce y Hierro en el Este de Santander», *Kobie*; 10, pp. 449-495.
- LUENGO MARTÍNEZ, J.M. 1940. «El Castro de Morgovejo (León)», *Atlantis*, XV, pp. 170-177.
- LUCAS, M.R. y VIÑAS, V. 1971. «Nuevos mosaicos romanos y otros hallazgos arqueológicos en la provincia de Segovia», *Est. Seg.*, 67, pp. 76-85.
- LLANO DE LA ROZA DE AMPUDIA, A. 1982. *El Libro de Caravia*, 2ª ed., Oviedo, pp. 31-72.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. 1974. «Urbanismo y Arquitectura en los poblados alaveses de la Edad del Hierro», *E.A.A.*, 6, pp. 101-146.
- MAÑANES, T. 1977. «Contribución a la Carta Arqueológica de la Provincia de León», *León y su Historia*, IV, pp. 323-353.
- MAÑANES, T. y MADRAZO, T. 1978. «Materiales de una necrópolis vallisoletana de la Edad del Hierro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 425-432.
- MAYA, J.L. 1983. «La Cultura Castreña Asturiana (De los orígenes a la Romanización)», *Indigenismo y Romanización en el Conventus Asturum*, Oviedo, pp. 13-44.
- MORO, R. 1891. «Excavaciones Arqueológicas», *B.R.A.H.*, XVIII, pp. 426-432.
- MORO, R. 1891a. «Excavaciones Arqueológicas. Monte Bernorio», *B.R.A.H.*, XVIII, pp. 434-436.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. 1956. *Los orígenes del español*, 4ª ed., Madrid.
- PALOL, P. y WATTENBERG, F. 1974. *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. «Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en época romana», *B.R.A.H.*, XVC, 1929.

- SAN VALERO APARISI, J. 1944. Excavaciones Arqueológicas en Monte Bernorio (Palencia). Primera Campaña 1943, *Inf. y Mem.*, Comisaria General de Excavaciones Arqueológicas, 5, Madrid.
- SAN VALERO APARISI, J. 1966. Monte Bernorio. Aguilar de Campoo (Palencia) (Campaña de 1959), *Exc. Arq. en Esp.*, 44, Palencia.
- SMITH, P. y MUÑOZ, E. 1984. «La Edad del Hierro en las cuevas de Cantabria», *La Prehistoria en las Cuevas de Cantabria*, Santander, B.C.E., 4, 1984, pp. 129-139.

Abreviaturas

- A.A.H.: Acta Arqueológica Hispánica.
B.C.E.: Boletín Cántabro de Espeleología.
B.R.A.H.: Boletín de la Real Academia de la Historia.
B.S.A.A.: Boletín del Seminario de Arte y Arqueología.
E.A.A.: Estudios de Arqueología Alavesa.
Est. Seg.: Estudios Segovianos.
Exc. Arq. en Esp.: Excavaciones Arqueológicas en España.
Inf. y Mem.: Informes y Memorias.